

## EL PERSONALISMO COMUNITARIO UNA ALTERNATIVA DE TRANSFORMACIÓN PARA NUESTRO TIEMPO

*Inés Riego de Moine*

### 1. El diagnóstico: ¿dónde estamos?

Vivimos cada día con perplejidad el encaminamiento de la humanidad hacia una sociedad que ha perdido el rumbo, que sufre indignidad e injusticia, que vemos desintegrarse y perder su sentido de patria de la persona. ¿Qué ha pasado con el “camino del ser humano”? Martín Buber nos recuerda que nuestro transitar por la vida debe responder a aquella pregunta que le hiciera Dios a Adán, el ser humano: “¿Dónde estás?” que significa, “¿qué has hecho con tu vida y con el mundo que te di en custodia?”

Esta interpelación universal, donde lo objetivo y lo subjetivo se autoimplican, lo es también para nosotros habitantes del suelo argentino. Desde nuestro aquí y ahora debemos aprender a responder a ese profundo “¿dónde estás?” que designa nuestro lugar en el mundo, el que realmente hemos ‘ganado’ como comunidad de personas. Es necesario, por tanto, bosquejar un diagnóstico por dolorosa que sea la tarea porque sólo así se puede “conocer la realidad”, la primera gran exigencia autoimpuesta del personalismo comunitario. Y el diagnóstico nos ayudará a aprender, a ser humildes escuchas del otro que clama desde su silencio sin voz. Aprenderemos a ver y decir con Emmanuel Mounier: “El acontecimiento será mi maestro interior”. Veamos las claves de ese diagnóstico, que por supuesto no tiene por meta el ser una mera ‘cartografía’ de la realidad, como

Michel Foucault pretendía del rol del filósofo. ¡Pobre filosofía!

- La violencia ha ganado las calles y los corazones; nos encerramos por miedo, peligra la vida misma, aquello que más preciamos. Pero los violentos son seres humanos, y la violencia es signo de que han huido de sí mismos. ¿No estaremos también nosotros, los pacificadores no violentos, huyendo de nosotros mismos y también de nuestra responsabilidad para con el rostro y el destino del otro? ¿Sólo ‘los otros’ tienen culpa?

- La corrupción se cuela por todos los rincones del país invadiendo los ámbitos más diversos; el paneconomicismo, convertido en el peso que hay que conseguir a cualquier costa, nos domina, se cuela en nuestra vida privada, todo se comercia y trafica: el poder del dinero y su búsqueda desahogada hiere lo más profundo de los corazones. ¿Hasta cuándo las almas bellas podrán sobrevivir en su bondad? ¿Por cuánto tiempo más el ingenuo podrá mantener su limpia identidad ante el ‘corazón duro’ del rencoroso y el tramposo? ¿Cuándo decidiremos invertir nuestra vida en su peso verdadero, el amor? Decía San Agustín: “Mi peso es mi amor, él me lleva doquiera voy”. Pero ¡cuánto nos cuesta dar prioridad al peso del amor!

- La injusticia social es cada vez más alarmante siendo la pobreza su signo más visible, sólo bastan las últimas cifras del PNUD: 49 millones de pobres habitan nuestra América Latina. La brecha entre pobres y ricos se profundiza acarreado una profunda herida en el cuerpo social, porque la injusticia pide resarcimiento y buena parte de la violencia que vivimos es la reacción agresiva ante el desamparo que provoca la pobreza y la indigencia. ¿Qué hacen un padre, una madre, que no tienen lo elemental para alimentar a sus hijos? ¿Qué

podrán ser mañana los niños desnutridos y malnutridos de cuerpo y alma sino existencias oscuras y tristes? ¿Cuándo seremos los latinoamericanos arropados y nutridos por el imperio del amor que siembra sociedades justas?

- Los jóvenes (y también los que no lo son tanto) son seducidos por el vértigo de distinto signo: por las adicciones, por el placer divorciado del amor, por la diversión sin límites, por el desenfreno de todo tipo, pero al mismo tiempo se sienten vacíos, nada parece llenarlos del todo, el hastío y la depresión también se apoderan de sus frágiles existencias. Buscan el éxtasis pero sólo consiguen perderse en el vértigo. Y nosotros, ¿dónde estamos?, ¿dónde nuestro testimonio comprometido? ¿No son ellos la muestra más clara de los valores o disvalores que nos rigen como sociedad, pero mucho antes nos rigieron en lo personal? ¿No son ellos el espejo sin hipocresías del mundo adulto que los rodea?

- Las familias se desintegran, el amor dura poco, los compromisos son efímeros - hoy te amo pero mañana no lo sé- y los hijos sufren las consecuencias de nuestra veleidad amorosa; de la desintegración familiar a la desintegración personal media un corto trecho y los jóvenes casi inercialmente temen al compromiso con quien aman. ¿Cómo no lo harían si ven en nosotros ese mal ejemplo que ellos no quieren seguir?

- Un gran sentimiento de desánimo colectivo nos invade a los que todavía nos tomamos en serio la realidad, pero también a los que viven dejándose vivir, viviendo tristemente la vida de los otros para así obligarse a no pensar. Pero el desánimo no es inocente, se traduce en las miradas que ya no ríen ni acarician y que, por ende, ya no saben contagiar la esperanza, la alegría que espera siempre lo mejor de sí y del otro. Si

dejamos de confiar en el tú, ¿cómo esperar que el otro confíe en tu palabra y en tu mano, que no se sienta perseguido, maltratado, discriminado, envidiado, odiado? ¿No es el horizonte de la sospecha permanente, del descrédito al tú, el que ha liquidado nuestra capacidad de esperanza?

Pero en este diagnóstico no todo es negativo pues al lado de lo que nos inhumaniza, convive lo que nos humaniza y nos carga de esperanza, nuestra energía elemental. Un solo ejemplo reciente sirve como muestra entre miles. Con tesón y medios sencillos nuestros hermanos chilenos lograron sacar a los 33 mineros atrapados en el fondo de un pozo de 700 metros. ¡Aplausos hasta el cielo! Ahora bien, ante tamaña gesta vale preguntarnos: ¿algo parecido no podríamos intentar para sacar a las tres cuartas partes de la humanidad del pozo de la pobreza, de la humillación, de la indignidad y de una vida sin salida, con la que conviven nuestros hermanos de humanidad en gran parte del mundo, empezando por los que tenemos más cerca? ¿Qué tal un gran Campamento Esperanza para todo el planeta? ¿Y ese campamento no sería acaso la imagen real de lo que debería ser la casa del ser humano en este mundo?

## 2. Del qué hacer al quehacer

¿Qué hacer con esta realidad? ¿Cómo entender lo que nos pasa? ¿Qué papel nos cabe como ciudadanos, políticos, educadores, familia, gente que no se conforma con el status quo actual? ¿Por qué sentimos que todo lo que hacemos no basta, no es suficiente? Más mega planes, más políticas educativas, sociales y económicas, más metodologías y tecnologías, más cursos de perfeccionamiento, más ofertas de esparcimiento y diversión, más sociedad del

conocimiento y de la información... ¿y todo eso para qué, si nos ha mostrado al hartazgo su insuficiencia? ¿Qué nos está faltando para que nuestra esencia de personas de palabra y compromiso no caiga en saco roto sino que redunde en una mejora real de nuestra vida personal y comunitaria? ¿Cómo se hace para mirar el futuro con esperanza? ¿Cómo llevarles sentido y esperanza a nuestra gente si nosotros no la tenemos?

Todo se resume en algo simple pero cargado de la humana complejidad. Hace falta una gran revolución personalista y comunitaria (Emmanuel Mounier) que comience con la revolución del corazón, con una urgente 'conversión personal' que se inicia en cada corazón -en el maravilloso e indefinible centro cordial de cada cual- activando algunos verbos dormidos en nosotros. Hace falta aprender a mirar a las personas y ver en cada una de ellas el don que son, que se nos regala infinitamente por obra de Dios. La más pura tradición personalista dice que la persona es don y el don está hecho para ser compartido, libremente entregado y libremente acogido. Decía Mounier que así como hay gente ciega para la pintura, también hay gente ciega para la persona, y esa ceguera espiritual resume gran parte de nuestro drama. Esto es lo que debemos revertir, advirtiendo y convirtiendo, empezando por la propia morada. Para ello hay que convertir la mirada y transformarla en mirada cordial, amorosa, porque sólo el amor puede operar el cambio y sacar los capas opacas y endurecidas que cubren el corazón, "capas del aluvión del mundo" decía Miguel de Unamuno, impidiéndonos ver al otro que está ahí y verme en él, ver a ese prójimo que demanda mi mirada, mi atención, y ofrecerle la respuesta de mi mano y de mi abrazo, que debe responder por él. He aquí una primerísima aproximación al 'qué hacer' que concluirá en 'quehacer': el amor es amor si y

solo si se expresa en respuesta y responsabilidad, es decir, en quehacer dativo y lúcido, creativo y transformador.

### 3. ¿Qué es el personalismo comunitario?

#### 3.1. La reciprocidad y la relación

Hay un principio fundamental del personalismo comunitario que es necesario que descubramos en nuestro interior: se trata de la 'reciprocidad de las conciencias' que funda el universo personal, un principio que Maurice Nédoncelle sintetiza diciendo que "la relación yo-tú es siempre una relación bilateral o recíproca" o que cada persona es un "para sí para otro", yo soy (para sí) si y sólo si soy para otro. Yo para ti y tú para mí. La reciprocidad es un signo manifiesto de la esencia relacional de las personas Pero la reciprocidad de las conciencias funda la reciprocidad de las miradas, de lo que vemos y hacemos, que se traduce en reciprocidad de las vidas. Mi vida no es independiente de la tuya, ni la tuya de la mía. Y así en el orden personal como en el cósmico: la violación de un solo niño en el polo norte incide en lo que sentimos, pensamos y vivimos los argentinos en el más austral de los países. Lo que te pasa, lo que piensas, lo que vives, y sobre todo lo que obras con los demás se reflejará en mi vida como lo hace el más perfecto de los espejos. Si tú, que eres mi alumno, mi empleado, mi hijo o mi amigo, estás mal, deprimido, perdido, o vas por el mal camino, tú eres mi reflejo. ¿Qué hago o dejo de hacer para que te pase esto? El principio de reciprocidad va indisolublemente unido al de responsabilidad que de suyo expresa vincularidad, relación esencial.

Porque, dice el personalismo comunitario, la persona es pura relación, y nuestra verdad más profunda es ésta: que yo

no soy yo sin tú, y que entre los dos fundamos el mundo del nosotros. “En el principio fue la relación”, decía Martín Buber (*Yo y Tú*) advirtiéndonos que el lugar verdadero de la persona se da en el “entre” donde tú y yo nos pasamos mutuamente, nos damos el uno al otro, y esto supone que no hay otra palabra más básica que Yo-Tú, no dos pronombres del lenguaje sino una sola palabra donde habita el mundo interpersonal. Ni los individualismos ni los colectivismos construyen a la persona, porque ni el yo egótico y egocéntrico recluido en su egoísmo, ni el yo que se diluye absurdamente en la masa anónima, en el ‘se’ impersonal o en el estado totalitario, dan el perfil verdadero del ser humano. El ‘entre’ es ese lugar donde tu mirada se cruza con la mía, donde tu subjetividad se encuentra con la mía y ya no podemos dejar de ser yo y tú, yo para ti y tú para mí. Por eso, nada de lo que te pase puede serme indiferente, porque también tu vida constituye la mía, y nos pasamos la vida buscando ese lugar, esa “tienda del encuentro” (como la tienda que erigió Moisés para encontrarse con Dios) donde el camino del diálogo y la acogida amorosa nos lleva a lo que somos en verdad: una búsqueda refleja e inagotable. No otro debe ser el camino de las sociedades, aunque nos cueste aceptarlo y mucho más consumarlo, llevarlo a su suma.

Santa Teresa de Jesús decía en su diálogo íntimo con Dios, anticipándose en siglos al personalismo comunitario:

“Alma, búscate en mí, búscame en ti. Fuera de ti no hay buscarme, porque para hallarme a mí, bastará sólo llamarme, que a ti iré sin tardarme y a mí buscarme has en ti” (*Poesía 8*).

Es que la relación del hombre con Dios es el modelo arquetípico de la relación humana: yo me busco en ti, y tú te buscas en

mí, porque ambos somos amados por Dios y Él nos sostiene en su amor, y así inauguramos juntos el camino del ser humano, el que transita, aún con tropiezos y altibajos, el orden del amor a que estamos llamados. Al igual que en la poesía, el patrón relacional nos identifica, nos sella con su sangre y con su carne, porque, o se vive encarnadamente la relación en que consistimos, arriesgando nuestro pellejo día a día, o nos traicionamos a nosotros mismos, defraudando, traicionando y condenando al otro que nos ama, o al menos, que espera en nosotros. El amor sólo pide fidelidad, eternizarse en la entrega mutua.

### **3.2. La condición amorosa de la persona**

Todo esto nos lleva a la médula del personalismo comunitario, que si bien no pretende dar definiciones taxativas, sí quiere aproximarse a esa esencia de la persona que huye del cosismo y el impersonalismo propios de las definiciones que tratan de las cosas y no del indefinible humano. Pues bien, nada más cercano a este decir que esta bella afirmación: “el amor es el nombre de la persona” decía santo Tomás, comenzando con ello el recorrido remoto que el personalismo inicia de la mano de la doctrina de la persona inspirada en la esencia del Dios Trinitario, pero que todavía -debido a causas culturales y filosóficas- no reparaba lo necesario en la categoría de relación que nos traspasa esencialmente. Si nos decimos imagen y semejanza de Dios que es amor, no podemos concluir que tenemos una esencia distinta de la de Dios. La ‘definición’ de persona, por encima de todas sus notas, se resume en el amor.

Por una parte, somos relacionales porque somos diferentes, individuos (lo no dividido) no cortados con patrones idénticos;

gracias a la diferencia nos hacemos otro, nos necesitamos y nos buscamos, nos alterificamos haciéndonos 'alter'. Pero por otra parte, no es cualquier alteridad la que nos identifica, nos dignifica y nos plenifica como personas, sino la que se da en el ámbito del amor. Si siento odio o trato al otro como un 'algo' que sirve a mis fines, lo estoy cosificando y convirtiendo en un 'ello' (Buber) en donde lo que prima es la relación de dominio, de sujeción, que en vez de amar tiraniza a ese otro condenándolo a una vida miserable, o, en el mejor de los casos, a la indiferencia de una existencia sin amor. Si el amor me personaliza, la falta de amor me despersonaliza, me deshumaniza, me impide ser todo aquello a lo que estoy llamado, privándome de reconocer tanto el horizonte como el camino. ¿Cuántas de estas vidas sin amor pueblan el mundo?, ¿cuándo desamor se desparrama por las calles de Buenos Aires en estos últimos días? Basta con ver los hechos de violencia recientes que nos duelen con dolor de pueblo, de comunidad.

El amor es el nombre de la persona aunque ese nombre gozoso se haya perdido en la historia, pisoteado y rebajado en los actos, aunque a veces llenemos discursos enteros en su nombre. Somos amor, somos convocados al amor, habitantes del amor, gestados por el amor, porque sólo el orden del amor se ajusta a la medida de las personas. "Los sentimientos habitan en el ser humano, pero el ser humano habita en su amor" (*Yo y Tú*) decía con belleza insuperable Martin Buber. Sin este nombre, amor, toda la doctrina personalista haría agua, no llegaría a expresar lo esencial de la persona. En el amor no hay distancias, es ser yo en ti y tú en mí. "Al llegar a ser Yo, digo Tú". Por el amor transitamos y trascendemos: ir y caminar hacia ti, comunicarme contigo, hacerte partícipe (parte) de mi vida, en eso consiste el amor; yo trasciendo (no me quedo encerrado en

mí) porque el amor me hace salir de mi ego para ir hacia ti. Estamos llamados al abrazo y a la caricia de las miradas. ¡Que mi beso abarque la entera humanidad!, quería Gabriel Marcel.

Pero la libertad de poder decir ¡no! nos mantiene alejados del otro, porque nos han enseñado que el miedo al dolor o al sufrimiento es más poderoso que el riesgo maravilloso de amar, de vivir en-amor-a-dos. Ningún miedo se apoderaría de nosotros, paralizándonos ante el otro, si tuviéramos la conciencia de ser amados por alguien, y si ese alguien no existiera, al menos sé que existe Dios que me amó desde siempre y dio su vida para que yo viva. Y esto no es un consuelo vano, sino lo más sublime que le ha pasado al ser humano. Por eso, del mero nombre o sustantivo (el amor) debemos pasar a los hechos, a los verbos esenciales conjugados por la vida misma: "Soy amado, luego existo" (Carlos Díaz, *Soy amado, luego existo*, Vol. I), es la síntesis por la que transitamos la vida y no hay verdad más grande que ésta. El amor es el elemento vital en el que hemos de nadar la vida entera, porque quien no es amado no sobrevive en alta mar, y todo lo malo que nos pasa como humanidad, que sabe a muerte lenta, más agónica o más trágica, es porque conculcamos con nuestros actos este principio fundamental.

### **3.3. Identidad del personalismo comunitario**

La identidad del movimiento personalista está siempre viva, en movimiento, en la marcha sinuosa que nosotros sus actores vamos gestando. Hay que pensar desde aquí que la revolución del corazón querida por Emmanuel Mounier supone un pensar abierto al diálogo, que se hace palabra en el personalismo comunitario

como discurso acogedor de voces diferentes que ejecutan en común un mismo concierto, como ese 'gran banquete de la verdad' al que estamos llamados -según el magnífico decir de Edith Stein- cuya sinfonía exquisita dependerá en buena medida del diálogo en altura que el momento reclama y que nosotros sus comensales-ejecutantes seamos capaces de construir entre todos.

Ésta y no otra es la necesidad histórica de la realidad-verdad del personalismo comunitario que grita desde el fondo de esta intrahistoria iberoamericana con lenguaje propio para dejarse oír por los nuestros. Ésta y no otra es la realidad-verdad de la nueva conciencia emergente encarnada en todos nosotros y cuya realidad ya palpamos en la gente de la calle, en los humildes y desclasados, a los que todavía no ha llegado la desconfianza del filósofo pero sí el sentido profundo del ser persona. Pero entonces, esto supone de nuestra parte un redoblar el esfuerzo para saber interpretar, aprender a comunicar y atrevernos a anticipar -ser profetas- para mejor servir. Un pensar que no piense para alguien, que no tenga al tú como su principal referente, morirá siempre de inanición, de indiferencia y de desesperanza. Qué daríamos por poder ser rehenes del tú, y no rehenes del discurso.

Ahora bien, para que ese pensar se erija en verdadero plenamente, en auténtico rehén del tú, debe hacerse carne y presencia. ¿Cómo hacer del discurso personalista una práctica y una lucha, una acción política y comunitaria, un compromiso personal y un *modus vivendi* de nuestras sociedades? Si bien sabemos que los discursos consolidados inevitablemente se transforman en prácticas, personales y sociales, y que a su vez éstas inciden en los discursos, -porque como personas somos seres esencialmente lingüísticos y encarnados, de modo que pensarnos sin discurso sería un sinsentido-,

hace falta todavía que la convicción profunda de esta verdad nos impulse creativamente al ejercicio permanente de la presencia testimonial en todos los ámbitos, la única que asegura la coherencia estricta entre idea y vida, dichos y hechos, coherencia que la sociedad espera como prueba de autenticidad y verdad: no hay mayor prueba de la verdad que la realidad.

Precisamente desde aquí parte la tarea del futuro, pero ella será tal siempre y cuando se asuma como tarea regida por la esperanza y por tanto esperanzadora, dadora de esperanza. Para los que procuramos ser fieles a la insignia personalista, nuestro compromiso va mucho más allá de una prolija acción colectiva, supera las barreras autoimpuestas del discurso para alcanzar la meta de las metas: el rostro del tú, ese 'otro como yo' que, por sufrir más que otros, se me impone con su urgencia y exige mi respuesta, una respuesta que es acción y compromiso, no sólo discurso. Léase desde aquí la totalidad dolorosa del otro expuesta en el todo inhumano de las injusticias globales que no tienen otra causa que el descuido del tú (falta de cuidado) y el desamor por el prójimo (falta de amor) convertidos en conductas estructurales y consensuadas por el poder político, económico, social, educativo y cultural. No se puede existir pretendiendo vivir como persona sin asumir a ese otro, sin responder a su espera, lo que significa a su vez aprender a esperar en él y con él, pues él es la causa y el sentido de mi esperanza. Tener esperanza no es quedarse sentado de brazos cruzados esperando que ella toque a mi puerta, sino esperar activamente con los pies en la tierra -como su raíz latina *pes* lo indica-, esto es, construirla en comunidad comunitaria sentando así las bases de justicia y cuidado sociales que la harán posible. ¿O acaso desconocemos que la desesperanza

contemporánea ha nacido, en gran parte, de nuestras dimisiones?

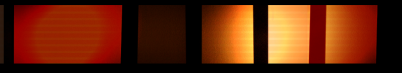
#### 4. Tocar pobre: ¿quién nos guía?

Si el desencanto ha tocado al hombre contemporáneo coartándole el camino salvífico que une la verdad que ilumina al amor que salva, se nos impone como personalistas comunitarios el tremendo desafío de re-encantar a hombres y mujeres de nuestro mundo para devolverles el horizonte de su esperanza, para que vuelvan a confiar en la mirada del tú, humano y divino, que los torna infinitamente amados y, por tanto, los redime de la nada absoluta que es, en el fondo, desesperanza y soledad omnipresentes; en definitiva, vacío que sólo el amor puede llenar. Pero en esta gesta que nos espera no hay recetas para dar, cada uno debe anclar su esperanza y su acción allí donde ésta le quepa mejor y si es en comunidad mejor todavía: o bien en Dios para el creyente, su fuente primordial, o bien en su propia desilusión, en su nudo desasosiego, en su dolorosa desesperanza, en su nada... pues, como dice el místico, “para venir a lo que no eres, has de ir por donde no eres” (San Juan de la Cruz). Sin duda, los más fuertes deberán adelantarse a los más débiles iluminando su espera cual antorchas vivas portadoras del fuego que alimenta la esperanza. Sólo el tú enciende mi lámpara. Pero a veces es justamente la debilidad y la vulnerabilidad de ese tú el camino inesperado y agraciado que se nos ofrece como guía.

En esto consiste la prueba por excelencia de la dignidad, esa palabra que tanto usamos y poco comprendemos: la dignidad procede del ser amado y la indignidad de quien me quiera degradar, lo cual nada tiene que ver con el valor ontológico de la persona, o mejor, mi valor

ontológico está suspendido no en el ser de la metafísica de los filósofos sino en un Dios que me ama. Mi dignidad absoluta depende del Amor Absoluto. Por eso resulta lastimoso el que acaba con otros para autosobrevivir, creyendo que así podrá eternizarse y salvarse; ése nunca lo logrará y sólo cabe rezar por él. Se trata de algo mucho más profundo y cotidiano: saberse amado, sentirse amado y dejarse amar. Sólo la persona es el valor absoluto y si algo lesiona su dignidad ya no puede ser un valor para mí. Sólo el amor al otro lo dignifica y lo hace ser, lava cualquier impureza y cualquier imperfección, rescata de la muerte y del olvido.

Pero aún podemos ir por más: el más desvalido de los seres humanos, ése del que a veces dudamos sea una persona, puede convertirse un mi guía y maestro de vida, porque él en su fragilidad inagotable es la expresión más poderosa del amor de Dios. Dios lo ama y yo lo sé, y sólo por este hecho él deja que yo cure las heridas de mi egoísmo y mi soberbia, de mi autosuficiencia y mi individualismo. Así lo relata Henri Nouwen en su libro *Adam, el amado de Dios*: “Adam, que no pronunció jamás una sola palabra, se convirtió poco a poco en un auténtico manantial de palabras que me permitieron expresar mis más profundas convicciones de cristiano en los umbrales del tercer milenio. Con su vulnerabilidad, me sirvió de apoyo firme para anunciar la riqueza de Cristo. Él, que no podía indicarme que me reconocía, podría ayudar a otros, a través de mí, a reconocer la presencia de Dios en sus vidas”. De idéntica manera debemos aprender a reconocer en los más cercanos de nuestras vidas a ese ‘pobre de toda pobreza’ que nos guiará por el sólo hecho de haberlo tocado y de dejarnos tocar por él. En esta dialéctica soberana de la vulnerabilidad, el maestro aprenderá del alumno, el empresario del obrero, el universitario del analfabeto, el



sano del enfermo, el rico del pobre y cada cual de todo aquel que pueda ser objeto de nuestra compasión. Ellos, aquellos que la vida me regala como las rosas del camino, harán florecer en mí lo mejor de mí mismo, quizás mucho más de lo que yo puedo edificar en ellos, realidad inusitada y bella que sólo la virtud de la humildad deja descubrir. No es otro el misterio salvífico de la relación personal volcada en la vida de todos los días, esto es, el “tocar pobre” (Carlos Díaz) necesario y urgente que nos purifica invitándonos a andar por nuestras propias nadas, las más encumbradas maestras de humanidad.

Buenos Aires, 22-10-2010